

Luz Vizcarra y los secretos del barroco

por Hugo Roca Joglar

La voz de **Luz Vizcarra** resultaba un enigma hasta para ella misma. Entendía su sonido: híbrido, lúgubre, trágico, evocador a dramas íntimos y delicados, pero no sabía qué cantar o dónde buscar su repertorio en la historia de la música. Los maestros la confundían más. Uno comentó: “eres soprano sobreaguda”; otro señaló: “Tienes madera de contralto”. Y hubo quien le dijo: “Tu voz es incalificable, no está hecha para el canto”.

Mientras descifraba su sonido, Luz también estudiaba filosofía y, sin saberlo, ambas búsquedas se fueron entrelazando hasta que le revelaron una salida. Inspirada por la “teoría de los afectos” de Baruch de Spinoza (1632-1677), comenzó a entender la música como una relación de pasiones entre los intérpretes; ante esta nueva interpretación, el canto del periodo romántico, en el que entonces se encontraba absorbida, perdió brillo dentro de su gusto y se preguntó: ¿Por qué esta dictadura de la voz, por qué tiene que ser ella la protagonista y la orquesta someterse a manera de peana para hacer resaltar sus formas y colores?

La música en la época de Spinoza, plenamente barroca, defendía el compañerismo, interacción y democracia entre músicos y cantantes; instrumentos y voces tenían la misma importancia; arias, duetos, números corales, solos de violín, violas da gamba y pasajes instrumentales servían a un mensaje, estaban subordinados a un fin claro y trascendente. ¡Qué diferente al período belcantista!, cuyo influjo determinó a la ópera del siglo XIX y cautivó en el XX a dueños de teatro, público, maestros, jóvenes cantantes y casas discográficas.

El ambiente operístico en México entró al siglo XXI atrapado en este hechizo del *bel canto* y Luz aprendió que en la ópera la voz tiene el poder, que las partituras están estructuradas en torno a las arias y los instrumentistas, esclavos de los cantantes, deben servir a sus tiempos y volúmenes; el tenor y la soprano mandan y todos los demás deben seguirlos tenuemente, a manera de sombras macilentas y tristes.

Asfixiada en este esquema Luz se acercó al barroco y fue en este repertorio, de la mano de coaches como Irasema Terrazas y Rogelio Marín, que por fin se descubrió mezzosoprano (con capacidad de cantar cómodamente como contralto) y encontró su



Luz Vizcarra

Foto: Ana Lourdes Herrera

vocación en interpretar papeles del siglo XVII y XVIII escritos originalmente para castrados.

No sólo se enamoró de la música, delicada, llena de matices y detalles, sino también del teatro, que le implica encarnar papeles masculinos (sobre todo héroes enfrentados a su destino) y transmitir una virilidad creíble, una fuerza épica verosímil, y a la vez exhibirlos vulnerables, ahondar en sus vacíos, miedos y soledades.

Desde hace seis años Luz ha desarrollado su carrera en torno a este tipo de papeles y el Rinaldo de la ópera homónima (1711) de Georg Friedrich Händel (1685-1759) se ha convertido en su carta de presentación: lo cantó completo en la producción dirigida musicalmente por Claudio Rizzi que se presentó el 25 y 26 de agosto de 2012 en el Teatro Obrero de Zamora, Michoacán, como parte del festival Ars Vocalis; sin embargo se trató de una versión en concierto y eso para Luz es una gran tristeza: preparar *Rinaldo* durante años y no poder actuarlo.

¿Por qué la escasez de títulos barrocos en México; por qué tanto Verdi y nada de Händel; por qué los cantantes en ciernes debutan soñando con Puccini e ignorando a Vivaldi; por qué el engolosinamiento con las grandes voces individualistas y el desprecio hacia un canto más suave y distinguido, cuya función dentro de la orquesta es la de un instrumento más que dialoga en busca de grandes ideales y espiritualidad?

El golpe más duro de esta ceguera operística Luz lo recibió hace tres años en el Concurso Nacional de Canto Carlo Morelli; concursó con un aria barroca y un miembro del jurado le dijo: “Sí, sí, eso está muy lindo, ¿pero no tienes algo más?” En ese despectivo comentario se resume la actitud general en el medio hacia toda la ópera anterior a 1800 y Luz ha decidido, fortalecida por los ejemplos de Lourdes Ambriz y Gabriela Miranda en el ensamble barroco Dexima Mvsa, seguir con *Rinaldo* a su lado y dar a conocer el repertorio barroco.

Asociada con **Alberto Asero**, violinista italiano con una amplia trayectoria en orquestas barrocas (ha sido miembro de los ensambles Accademia d’Arcadia y Antiqua Estensis), Luz organizó una clase magistral de interpretación y estilo barroco en el Instituto Italiano de Cultura del 27 al 29 de noviembre de 2012. Participaron dos alumnos, el guitarrista **Gustavo Martínez**, quien trabajó con Asero el aspecto teórico y práctico del bajo continuo, y la mezzosoprano **Gabriela Palapa**, quien estudió con Luz fragmentos de óperas barrocas. Tras las clases el grupo ofreció, el 30 de noviembre, un recital en el mismo lugar donde Asero tocó en piano dos preludios contenidos en *L’art de toucher le clavecín* del francés François Couperin (1668-1733); Gabriela Palapa, acompañada de Gustavo Martínez, cantó el aria ‘Ombra mai fu’ de *Serses* de Händel; Martínez tocó una transcripción para guitarra de la *Partita 3* para violín de Bach (1685-1750), y Luz Vizcarra, acompañada de Martínez a la guitarra (bajo continuo) y Asero en el violín barroco, cantó ‘Vedro con mio diletto’ de la ópera *Il Giustino* de Vivaldi (1678-1741) y ‘Erbarme dich, mein Gott’ de *La pasión según San Mateo* de Bach.

El ambiente fue íntimo y elegante; la música surgió espontánea y alegre. Era un concierto diferente, donde los artistas no querían destacar; ellos mismos estaban descubriendo un mundo musical conmovedor y brillante que permanece oculto y el impulso que los hacía interpretarlo no era el aplauso, sino aprender y difundir épocas musicales antiguas y desconocidas a causa de una programación viciada y torpe que durante los últimos 100 años se ha repetido a sí misma.

El gran valor de este pequeño recital en el centro de Coyoacán fue el de cuatro músicos que aman el barroco y solos, sin presupuesto, con pasión y voluntad como únicas armas, abren espacios para cantarlo y poco a poco, en pequeños círculos, lo enseñan de boca en boca, pues así, dice Amado Nervo, deben transmitirse los más hermosos secretos. ◦